

# LA VIRGEN MARÍA Y EL SEGUIMIENTO A JESÚS SEGÚN LAS BIENAVENTURANZAS

Fr. JAIRO GÓMEZ DÍAZ O.C.D.  
Provincia de santa Teresita del Niño Jesús de Colombia

## INTRODUCCIÓN

Hablar de la Virgen María como seguidora de Jesús, implica centrar toda nuestra atención en el Hijo Amado del Padre, en su proyecto expuesto en el discurso en «el monte» según san Mateo o en «la llanura» según san Lucas. Fijarnos en María como seguidora según las «Bienaventuranzas» nos lleva a fijarnos en el Jesús histórico y su propuesta de seguimiento.

Citando las palabras del Papa León XIV en la celebración del jubileo de la Espiritualidad mariana:

«la espiritualidad mariana está al servicio del Evangelio: revela su sencillez. El afecto por María de Nazaret nos hace, junto con ella, discípulos de Jesús, nos educa a volver a Él, a meditar y a relacionar los acontecimientos de la vida en los que el Resucitado continúa a visitarnos y llamarnos. La espiritualidad mariana nos sumerge en la historia sobre la que se abrió el cielo, nos ayuda a ver a los soberbios dispersos en los pensamientos de su corazón, a los poderosos derribados de sus tronos, a los ricos despedidos con las manos vacías. Nos compromete a colmar de bienes a los hambrientos, a enaltecer a los humildes, a recordar la misericordia de Dios y a confiar en el poder de su brazo (cf. *Lc* 1,51-54). Su Reino, en efecto, viene y nos involucra, precisamente como a María, a quien pidió el “sí”, pronunciado una vez, y luego renovado día tras día [...] El camino de María va tras el de Jesús, y el de Jesús es hacia cada ser humano, especialmente hacia los pobres, los heridos, los pecadores. Por eso, la auténtica espiritualidad mariana hace actual en la Iglesia la ternura de Dios, su maternidad. «Porque, como leemos en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque «derribó de su trono a los poderosos» y «despidió vacíos a los ricos» (*Lc* 1,52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia (n. 288)»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Leon XIV, *homilía en la celebración del jubileo de la Espiritualidad mariana*, 12 de octubre de 2025. Consultado el 13 de octubre de 2025 en <https://www.vatican.va/content/leon-xiv/es/homilies/2025/documents/20251012-giubileo-spiritualita-mariana.html>

En el desarrollo del tema, inicialmente estudiaremos lo que es el seguimiento en general en el Nuevo Testamento, luego el seguimiento expresado como salvación divina, para luego, establecer unos rasgos característicos del seguimiento de Cristo. Posteriormente, nos centraremos en la propuesta de Jesús en el Sermón de la montaña o de la llanura, para así ver cómo la Virgen es la fiel seguidora de su Hijo al estilo de las Bienaventuranzas.

## SEGUIMIENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Evangelio según san Marcos, la propuesta inicial de Jesús comprende tanto el anuncio del Reino de Dios como la llamada al seguimiento de los primeros discípulos (cf. Mc 1,14-20). De acuerdo con las palabras de Jesús, el Reino de Dios está asociado con Él mismo. De ahí que su invitación al seguimiento se considere como el ingreso al Reino, la gran posibilidad de encuentro con Dios y lo que permite comprender en qué consiste el Reino de Dios anunciado por Jesús<sup>2</sup>.

El seguimiento de Cristo se entiende como una relación entre Jesús y las personas, que tiene como inicio la invitación: «sígueme»<sup>3</sup>. Esta invitación literalmente equivale a «ir detrás» y significa la realidad de una orientación espiritual hacia Aquel que, al llamar, espera una respuesta de parte de quien recibe la invitación. Esa respuesta se describe en el evangelio como un «dejarlo todo» y un «seguirle»<sup>4</sup>, con el fin de alcanzar la perfección: «si quieres ser perfecto [...], y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme»<sup>5</sup>.

De acuerdo con Balthasar<sup>6</sup>, se trata de tres rasgos que juntos forman el acceso a vivir con Jesús: «llamada», «dejarlo todo» y «seguirle». Rasgos que llevan a comprender el «vivir con Jesús», el «estar con» y el «caminar con», que representan el sentido de seguir a Jesús. Pero el «estar con» y el «caminar con» en el evangelio se refieren de forma exclusiva a la experiencia de los doce Apóstoles como una realidad terrena, espacial y física. Para nosotros hoy y para todos sus seguidores después de la resurrección de Jesús, no puede haber un seguimiento en sentido literal como un movimiento espacial, porque ya no existe un «estar

---

<sup>2</sup> Felicísimo Martínez Díez, *Crear en Jesucristo. Vivir en cristiano. Cristología y seguimiento*, 2ª ed. (Estella, Navarra: Verbo Divino, 2007), 577-578.

<sup>3</sup> Mc 2,14; Mt 9,9; Lc 5,27; Jn 1,43.

<sup>4</sup> Mc 1,18; 10,28; Lc 5,11; Mt 4,20.22; Jn 1,39.

<sup>5</sup> Mt 19,21. Cf. Hans Urs von Balthasar, “Seguimiento y ministerio”, en *Ensayos Teológicos II. Sponsa Verbi* (Madrid: Guadarrama, 1964), 105.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 106-110.

con» el Jesús histórico. Para el cristiano actual, el «estar con» Cristo se ha transformado en el «estar Cristo con» nosotros tal como lo plantea el evangelista san Mateo (cf. Mt 28,20). En los evangelios se utiliza el verbo «seguir» (ἀκολουθεῖν) cuya raíz verbal en griego, ἀκολουθέω, remite al Jesús mismo y solamente a Él. Las fórmulas que utiliza el evangelio en este sentido son muy claras<sup>7</sup>:

- «Seguirle a él»: *aúto*, referido a Jesús mismo (cf. Mt 4,20.22.25; 8,1.23; 12,15; Mc 1,18; 2,15; 3,7; 5,24; Lc 5,11; 7,9; 9,11; 22,39.54; 23,27; Jn 1,37.38.40; 6,2; 18,15).
- «Seguirte a ti»: *soi*, referido también a Jesús (cf. Mt 8,19; 19,27; Mc 10,28; Lc 9,57.61; 18,28; Jn 13,37).
- «Seguirme a mí»: *moi*, cuando es Jesús mismo el que habla (cf. Mt 8,22; 9,9; 19,21.28; Mc 2,14; 10,21; Lc 5,27.28; 9,59; 18,22; Jn 1,40.43; 8,12; 10,27; 12,26; 21,19.22).
- «Seguir detrás de mí»: *opiso mou*, seguir los pasos de Jesús (cf. Mt 10,38; 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23; Jn 12,26).
- «Seguir a Jesús»: *to Jesou* (cf. Mt 27,55; Mc 15,41; Jn 1,37).

En estas fórmulas o construcciones el complemento del verbo es una persona: Jesús. El seguimiento se refiere a la persona misma de Jesús y solamente a su persona. Por tanto, su seguimiento implica una relación personal con Él. De forma que cuando el hombre logra relacionarse con Jesús como persona se puede decir que está capacitado para seguirle. Esta es la naturaleza profunda de la fe cristiana, que tiene una estructura personal, cuyo término es Jesús mismo. Es verdad que la fe incluye creer en unas determinadas verdades, pero, antes que eso, la fe cristiana consiste esencialmente en creer en una persona: Jesús. Por tanto, implica un adherirse a Él, comprometerse con Él, vivir en relación a Él y para Él<sup>8</sup>.

En el Evangelio según san Juan (cf. Jn 1,35-39), en la llamada de Jesús a los dos primeros discípulos en el Jordán, se encuentra un resumen de su teología: el «oír» las palabras de Juan el Bautista (Jn 1,37), el «siguieron a Jesús» (Jn 1,37), el «volverse» de Jesús (Jn 1,38), su pregunta: «¿qué buscáis?», la pregunta de los seguidores: «¿dónde moras?», y la respuesta de Jesús: «venid y lo veréis», reforzada con el comentario del narrador: «vinieron y vieron dónde moraba y se quedaron con él» (Jn 1,39), son característicos del planteamiento teológico de san Juan.

---

<sup>7</sup> Cf. José María Castillo, *El seguimiento de Jesús* (Salamanca: Sígueme, 1986), 80.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, 81-82.

Es en esta teología joánica en donde se trasciende el concepto de «seguir» desde un sentido terreno a un sentido espiritual<sup>9</sup>. Esto ocurre concretamente en el episodio en que Jesús resucitado, a orillas del lago, le dice dos veces a Simón: «sígueme» (Jn 21,19.22), es decir, sígueme a la muerte y a la resurrección. En este pasaje «seguir» es algo eterno y definitivo, así como también en el libro del Apocalipsis tiene un sentido escatológico: «Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya...» (Ap 14,4), como una tarea y un don en la eternidad<sup>10</sup>.

En el sentido espiritual de «seguir» es donde nos situamos hoy, pues ya no se trata de una relación directa con el Jesús histórico, sino de una relación con el Cristo resucitado que implica conocer al Jesús de la Palestina del siglo I. Se trata de la fe cristiana entendida como «un recuerdo de la vida y la muerte de Jesús resucitado mediante la praxis del seguimiento de Jesús: no mediante actos que imiten literalmente lo que Jesús hizo, sino respondiendo, como Jesús, a las nuevas situaciones a partir de una interna vivencia de Dios»<sup>11</sup>.

Los evangelistas expresan el inicio de la interna vivencia de Dios como la llamada que el mismo Jesús realiza a sus discípulos y que constituye la aparición expresa de su persona. Nadie puede llamarse a sí mismo o pretender reemplazar la llamada de Jesús (cf. Mt 8,18-22). En los evangelios la llamada de Jesús sigue un esquema típico que responde a una construcción literaria y no a un relato histórico de una vocación<sup>12</sup>. En dicha construcción literaria el centro lo constituye la llamada que hace Jesús a alguien y que representa la gran novedad del evangelio en relación con las llamadas vocacionales del Antiguo Testamento,

---

<sup>9</sup> En los escritos de san Juan, «seguir» es una acción propia de la comunión profunda con el resucitado y glorificado. «Seguir» comienza a significar tener fe en Jesucristo, de manera que la misión de los discípulos consiste en ser testigos de Él con su propia vida. El discípulo está llamado a compartir el destino de Jesús y, por tanto, a participar también de su gloria. El aspecto más novedoso de la teología de san Juan tiene que ver con el seguimiento como una promesa (Jn 13,36) más que con una llamada (Jn 8,12), es decir, el acontecimiento escatológico de la participación con Jesús en la vida de Dios junto al Padre. Entonces «seguir» a Jesús es una gracia, un don divino para vivir en comunión de fe y de amor con Jesucristo durante la vida y luego en su gloria que ha recibido del Padre en la resurrección y ascensión. Para un análisis detallado se propone ver: Dalmazio Mongillo, «Seguimiento», en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 5ª ed., dir. Stefano de Fiores, Tullo Goffi y Augusto Guerra (Madrid: San Pablo, 1991), 1717-1728; Severiano Blanco, «Seguimiento. Fundamentación bíblica», en *Diccionario teológico de la vida consagrada*, dir. Ángel Aparicio Rodríguez y Joan Canals Casas (Madrid: Publicaciones Claretianas, 1989), 1616-1624; Ángel Aparicio Rodríguez, «Seguimiento «más de cerca»», en *Suplemento al Diccionario de la vida consagrada*, dir. Ángel Aparicio Rodríguez (Madrid: Publicaciones Claretianas, 2005), 1027-1053.

<sup>10</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, «Seguimiento y ministerio», 109.

<sup>11</sup> Edward Schillebeeckx, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación* (Madrid: Cristiandad, 1982), 624.

<sup>12</sup> Según E. Schillebeeckx, el esquema típico de la llamada de Jesús consiste en: *a*) Jesús pasa (cf. Mc 1.16.19; 2,14); *b*) fija su mirada en alguien (Mc 1,16.19; Jn 1,47); *c*) señalamiento de la profesión de la persona llamada (cf. Mc 1,16.19; 2,14; Lc 5,2); *d*) la llamada explícita de Jesús (cf. Mc 1,17-20; 2,14; Jn 1,37); *e*) dejarlo todo (cf. Mc 1,18.20; Lc 5,11.28); *f*) la persona llamada sigue a Jesús (cf. Mc 1,18.20; 2,14; Lc 5,11), cf. *Ibid.*, *Jesús. La historia de un viviente*, 2ª ed. (Madrid: Trotta, 2010), 202-203.

pues el centro no lo constituye el «dejarlo todo», ni el abandonar la familia o el hogar (cf. Lc 14,26), sino el cambio radical (*metánoia*) hacia la persona de Jesús.

Según los evangelios sinópticos, Jesús llama para «caminar con él», para «ir detrás de él» (cf. Mt 16,24), y para hacer a sus seguidores colaboradores de su misión: venida del reino de Dios, curación de enfermos y expulsión de demonios<sup>13</sup>. De acuerdo con Schillebeeckx, el fundamento del seguidor de Jesús es la vocación entendida como una fuerza imperiosa de su llamada<sup>14</sup>. Antes de la Pascua, «los discípulos siguen a Jesús haciendo lo que él hace»<sup>15</sup> como una oferta de salvación de parte de Dios.

## **EL SEGUIMIENTO DE CRISTO COMO SALVACIÓN DIVINA**

La salvación que Dios ofrece se concreta en la persona de Jesús. Entonces experimentar la salvación significa «estar junto a Jesús». Seguir a Jesús es participar en su salvación, en la salvación prometida por los profetas (cf. Mt 13,17); pero, si la salvación es algo que debe actuar de forma universal, ¿por qué esta salvación afecta a los llamados con una exclusividad incomprensible?<sup>16</sup> En palabras de Balthasar se trata de la «paradoja del seguimiento». Si la salvación es «luz para iluminar a los gentiles» (Lc 2,32), ¿para qué ésta acentuada exclusividad? Sencillamente, esta exclusividad manifiesta la estrecha vinculación con la persona misma de Jesús, con su existencia y su doctrina, pues Jesús es el Único, el Unigénito del Padre y «Él es lo que hace y hace lo que es»<sup>17</sup>.

Lo que hace Jesús con sus discípulos es enseñarles para que aprendan a comprenderle, pues Él es su misma doctrina y Él es lo que hace. Por tanto, sus seguidores, y de forma concreta sus discípulos, deben hacer lo que Él hace y es, de manera que tengan una idea de quién es Jesús<sup>18</sup> y actúen como Cristo en ellos. Con la Encarnación de Dios, esta relación Maestro-discípulo adquiere categorías antropológicas llenas de contenido ético y social, que proceden de la Antigua Alianza y del terreno histórico-natural<sup>19</sup>, y así, de la filosofía griega se toma la idea del «seguimiento de Dios» en la que los discípulos siguen al sabio en grupo para adquirir, mantener y comunicar la sabiduría. En la idea antigua de Alianza, los pueblos civilizados y

---

<sup>13</sup> Cf. Mc 6,7-13, Lc 10,2-12; Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 199.

<sup>14</sup> Cf. *Ibid.*, 200.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 208.

<sup>16</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, “Seguimiento y ministerio”, 110.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 112.

<sup>18</sup> Cf. Jn 7, 16-17; 8,31-32.

<sup>19</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, “Seguimiento y ministerio”, 113.

las tribus nómadas «seguían» a un dios a quien tenían como aliado. En el desierto, Yahvé es el Dios que «iba adelante»<sup>20</sup> y que estaba atento a que se le siguiera. Por eso, en la Antigua Alianza, se habla con más frecuencia del Dios que «va delante», que del «seguir» del pueblo a Dios. Se habla más del «seguir» en términos negativos (cuando se refiere a «seguir a dioses extraños») que en seguir en un sentido positivo, que se expresa más en el lenguaje erótico cuando la esposa sigue al esposo: «De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada» (Jr 2,2). En resumen, en la Antigua Alianza interesaba el caminar espiritualmente por los senderos de Dios: «caminar en mis caminos» (Dt 10,12; 13,6), seguir los mandamientos de la Alianza, seguir la entrega a las disposiciones de Dios, a su sabiduría<sup>21</sup>.

Con Jesús, el seguimiento no era algo simbólico, como en la Antigua Alianza cuando el pueblo seguía la columna de fuego y de nube (cf. Ex 13,21), «sino la expresión, encarecida siempre de nuevo, de una relación con Dios en la que había quedado radicalmente imposibilitada cualquier equiparación, por muy secreta que fuese, entre la sabiduría divina expresada en el mandamiento y la propia sabiduría manifestada en el cumplimiento de los mandamientos»<sup>22</sup>. Pues Jesús mismo, con su palabra y forma de comportarse, es la misma sabiduría, de manera que en Él se identifican el seguimiento externo y el interno. Entonces, para un seguidor de Jesús no se trata solo de permanecer en oración, de mantener la relación profunda con su maestro, sino que es necesario dar fruto, tal como lo expresa el cuarto evangelista: «nada sin mí» (Jn 15,5), es decir, realizar las obras siempre unidos a Él.

En este punto, varios autores<sup>23</sup> hablan de un seguimiento de Jesús que debe entenderse con relación a Jesús y a su Espíritu; otros prefieren hablar de un seguimiento prepascual o del Jesús histórico y de un seguimiento pospascual o del Cristo de la fe<sup>24</sup>. Según el planteamiento de Schillebeeckx<sup>25</sup>, tanto los recuerdos históricos de los primeros discípulos de Jesús, como la fe en el Resucitado, son importantes para vivir el seguimiento hoy, pues no es posible seguir a Cristo sin tener referencia explícita al Jesús histórico, ni es posible la vida auténtica cristiana sin la fe en el crucificado resucitado. En resumen, se trata de dos etapas en el

---

<sup>20</sup> Ex 13,21; 33,16; Nm 14,14; Dt 1,30-33, entre otras.

<sup>21</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, “Seguimiento y ministerio”, 114-115.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 115.

<sup>23</sup> En la bibliografía sobre el «seguimiento» en el Nuevo Testamento se destaca la investigación de A. Schultz en su tesis *Nachfolgen und Nachahmen*, para quien lo específico del seguimiento es la relación entre el maestro y el discípulo al estilo de la relación entre los maestros judíos y sus seguidores en el servicio de la Torá. Para M. Hengel, a partir del análisis de Mt 8,21ss., en su libro *Seguimiento y Carisma*, lo propio del seguimiento es confesar a Jesús como una novedad con respecto de las costumbres rabínicas (cf. Martín Hengel, *Seguimiento y carisma. La radicalidad de la llamada de Jesús* (Santander: Sal Terrae, 1981), 76-90).

<sup>24</sup> Cf. Felicísimo Martínez Díez, *Creer en Jesucristo. Vivir en cristiano. Cristología y seguimiento*, 590.

<sup>25</sup> Cf. Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 208.

seguimiento que implican necesariamente dos estados en la fe de los seguidores de hoy. El texto de los discípulos de Emaús muestra claramente esos estados en la experiencia de las primeras comunidades cristianas (cf. Lc 24,21-35). Entre esos dos momentos o estados existe algo que lleva a la pregunta por lo que acontece en los discípulos después de la muerte de Jesús y la proclamación de la resurrección de Jesús. Schillebeeckx habla de un proceso de conversión como les aconteció a los discípulos de Emaús: «quien se ha escandalizado de Jesús y, tras algún tiempo, lo proclama portador único de salvación, ha tenido que pasar por un “proceso de conversión”»<sup>26</sup>.

Los que antes habían sido seguidores de Jesús tienen que hacer un nuevo proceso; ellos necesitan convertirse, necesitan volver a ser discípulos y seguir a Jesucristo, requieren establecer de nuevo la relación que se había interrumpido. Se trata de una especial y particular experiencia de gracia, una experiencia del perdón, por medio de la cual vuelven a ser admitidos a la comunión con Jesús y «descubren en él una salvación *definitiva*, que no acaba con su muerte y que reinstaura entre ellos una comunión recíproca»<sup>27</sup>.

De acuerdo con las palabras de Schillebeeckx, los evangelistas siguiendo el modelo de conversión a la ley judía, presentan el momento de la conversión a Jesús, no a la Ley, como una «iluminación», como el paso de la oscuridad a la luz, de un «no ver» a un «ver»<sup>28</sup>. Es así como se relata la conversión de Pablo en los Hechos de los Apóstoles<sup>29</sup> siguiendo el «modelo “luminoso” de una visión de conversión»<sup>30</sup>. De la misma forma los discípulos son «iluminados» por la gracia del Resucitado para que puedan volver a ser seguidores de Jesús, pues «Quien *ilumina* y se revela como Cristo resucitado mediante la gracia de conversión es Jesús: él es el Cristo *iluminador*»<sup>31</sup>.

Con el acontecimiento de la resurrección de Jesús, los evangelistas utilizan el modelo de «visión» como un recurso para indicar la gracia, la iniciativa de Dios para ofrecer su

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, 352.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 353.

<sup>28</sup> Cf. Is 29,9-10.18; 35,5; 42,18-21.

<sup>29</sup> Cf. Hch 26,17-18.

<sup>30</sup> Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 354. Este modelo de conversión es la fuente de la que bebe Teresa de Jesús, pues a Pablo la conversión lo llevó al descubrimiento de Jesús como el Mesías y luego a un enamoramiento hasta entregar su vida por dar a conocer el mensaje de Cristo. Teresa asume algunos elementos fundamentales, sobre todo en su etapa mística, tales como: el reconocimiento de la propia nada y el saber que todo lo que se tiene lo recibimos de Dios (cf. 6M 5,6 en referencia a 1 Co 4,7); la fidelidad de Dios (cf. V 23,15 en referencia a 1 Co 10,13); la unión transformante en Dios en el matrimonio espiritual (cf. 7M 2,5 en referencia a 1 Co 6,17; cf. Daniel de Pablo Maroto, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa* (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2009), 77-82).

<sup>31</sup> Cf. Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 355.

salvación y la posibilidad para que los discípulos vuelvan al seguimiento de Jesús. El objetivo es que estos experimenten la conversión entendida como pertenencia a Jesús. Tal es el caso de Simón Pedro que, «cuando haya vuelto» (Lc 22,32), es decir, cuando se convierta de nuevo, debe confirmar a sus hermanos, a pesar de la traición a su maestro y de su poca fe. Lo que los discípulos experimentan en el «proceso de conversión» es el desvelamiento de la totalidad de la vida de Jesús que incluye la resurrección, tal como lo expresa Schillebeeckx: «la iniciativa de Jesús [...], es una gracia de Cristo que, bajo el aspecto de “iluminación”, es obviamente revelación y no una invención humana, pero revelación en el marco de una experiencia de “desvelamiento”, que se expresó más tarde según el modelo de las apariciones»<sup>32</sup>.

En la experiencia de desvelamiento<sup>33</sup> de la persona de Jesús, los discípulos viven la salvación que el Resucitado les ofrece de nuevo a pesar de la traición, el abandono y su poca fe. Ellos perciben que Jesús está vivo gracias al perdón que les ofrece, pues solo puede perdonar alguien que esté vivo, de forma que «el perdón de su cobardía y poca fe es la experiencia que, iluminada por el recuerdo de la vida terrena de Jesús, viene a ser la matriz donde nace la fe en Jesús en cuanto resucitado»<sup>34</sup>. Los discípulos, a partir de la experiencia de sentirse perdonados, viven el restablecimiento de la comunión actual con Jesús; esta es la experiencia que nosotros estamos llamados a vivir hoy.

## **RASGOS DEL «SEGUIMIENTO» NEOTESTAMENTARIO**

En los estudios acerca del seguimiento de Jesús se concluye que el Nazareno no era un «Rabbí», y que su fórmula de seguimiento no se puede entender a partir del modelo de los rabinos de su época<sup>35</sup>. M. Hengel asegura que los paralelismos esenciales de llamada de Jesús al seguimiento tienen que ver más con el profetismo apocalíptico-celota que, con el modelo rabínico, especialmente en la renuncia a los bienes, en el martirio y en la separación de la familia y los parientes<sup>36</sup>. Pero se diferenciaba notablemente en que a Jesús no le interesaba

---

<sup>32</sup> *Ibíd.*, 361.

<sup>33</sup> Las experiencias de desvelamiento son aquellas que ayudan a percibir lo divino, nos revelan algo para cambiarnos la vida, para convertirnos. Según I. Ramsey, un acontecimiento cotidiano o algunas relaciones ordinarias pueden llegar a ser «revelaciones» o encuentros que transforman la vida. El uso del lenguaje, aún expresando la subjetividad, puede llegar a revelar y transformar la vida de alguien (cf. Juan Antonio Marcos, *Teresa de Jesús. La transparencia del Misterio* (Madrid: San Pablo, 2015), 40; Andrés Torres Queiruga, *La revelación de Dios en la realización del hombre* (Madrid: Cristiandad, 1987), 206ss; Ian T. Ramsey, *Religious Language. An Empirical Placing of Theological Phrases* (London: SCM Press LTD, 1967)).

<sup>34</sup> Edward Schillebeeckx, Jesús. La historia de un viviente, 362.

<sup>35</sup> Cf. Martin Hengel, Seguimiento y Carisma. La radicalidad de la llamada de Jesús, 65-85.

<sup>36</sup> Cf. *Ibíd.*, 87.

un mesianismo político, pues el anuncio del reino de Dios no tenía como fin metas políticas<sup>37</sup>. A pesar de las similitudes con los movimientos de liberación política de su época y de que mucha gente le siguiera de forma frecuente, Jesús no hizo una llamada general al pueblo como totalidad a que le siguiera, sino a individuos concretos, para hacerlos discípulos suyos sin caer en la exclusión<sup>38</sup>.

En los relatos evangélicos el seguimiento de Jesús implica a individuos y a grupos que forman diferentes círculos en torno a Jesús<sup>39</sup>. Cabe enfatizar que no había distinción real entre quienes literalmente le seguían y el círculo mucho más amplio de personas que Él también reconocía como discípulos. Entonces se puede hablar de *círculos concéntricos de seguimiento*<sup>40</sup>. Un primer círculo corresponde a los amigos más íntimos: Santiago, Pedro y Juan (cf. Mc 5,37; 9,2; Mt 13,3; 14,33). Luego el propio círculo de los Doce para que convivieran con Él y para que fueran a predicar (cf. Mc 3,14). Además, están los seguidores en sentido más amplio, incluidas algunas mujeres (cf. Lc 8,2-3; Mc 15,40-41), otros discípulos que permanecían en su casa: Marta y María (cf. Lc 10,38-42), el dueño del cenáculo (cf. Mc 14,13-15) y quienes colaboraban con sus bienes (cf. Lc 8,3) pero no los vendían ni abandonaban el hogar, como José de Arimatea (cf. Mc 15,43) y el discípulo clandestino por miedo a los judíos (cf. Mt 27,57; Jn 19,38).

Nuestro seguimiento actual no puede ser una simple «imitación» de lo que aconteció en la Galilea del tiempo de Jesús. Sin embargo, debemos conocer en qué consistió ser discípulo de Jesús en aquel momento y lugar, para expresar en categorías teológicas lo que significa seguir hoy a Jesús. De acuerdo con las palabras de James D. G. Dunn, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios es el punto álgido de la autorrevelación de Dios, y por eso todo debe ser visto bajo esa mirada de la revelación histórica de Dios en Cristo. Además, resulta básico para el cristiano conocer el significado del seguimiento de Jesús, «profundizar en el espíritu y carácter del mismo, para hacerse con una norma con la que calibrar la propia existencia»<sup>41</sup>.

En los evangelios Jesús aparece acompañado de estos grupos de discípulos, quienes después de su muerte hicieron posible que la experiencia de salvación ofrecida por Dios a través de Jesús «pasara de un reconocimiento *soteriológico* de Jesús a una conversión *crisológica* a Jesús»<sup>42</sup>. Pues el fundamento de la fe cristiana es el mismo Jesucristo en su oferta histórica

---

<sup>37</sup> Cf. *Ibíd.*, 88.

<sup>38</sup> Cf. *Ibíd.*

<sup>39</sup> Cf. James D. G. Dunn, *La llamada de Jesús al seguimiento* (Santander: Sal Terrae, 2001), 15.

<sup>40</sup> Cf. *Ibíd.*, 160-170.

<sup>41</sup> James D. G. Dunn, *La llamada de Jesús al seguimiento*, 15.

<sup>42</sup> Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 199.

de salvación, que se renueva después de su muerte y que es experimentada y comunicada por los primeros discípulos. Es claro que Jesús llamó a algunos individuos para que fueran sus directos colaboradores, para enviarlos a predicar la buena nueva del reino de Dios, para curar enfermos y expulsar demonios (cf. Mc 6,7-13). Jesús les hace partícipes de su misión, pero la condición de discípulo se funda en una vocación, cuyo origen está en Jesús<sup>43</sup>. La llamada y vocación que Jesús transmite a sus seguidores los vuelve colaboradores de su misión como profeta escatológico para que se pongan al servicio del reino de Dios, corroborando así la realidad soteriológica del seguimiento que, a su vez, encierra la cuestión cristológica, pues «la relación con el reino de Dios depende de la relación con Jesús»<sup>44</sup>.

Como se ha dicho anteriormente, el centro de la llamada al seguimiento es Jesús mismo. Esto implica renunciar a la profesión y a la familia, «dejándolo todo» para aprender de Jesús mismo (cf. Mt 11,29). Jesús es el maestro de la persona que experimenta su llamada a seguirle. Este aprender de Jesús implica una «conversión» a Él, pues el paso de los discípulos que dejan todo y «odian» a su familia para seguir a Jesús (cf. Lc 14,26) es representado como una conversión, como una «metanoia» que exige el reino de Dios, una conversión a Jesús<sup>45</sup>.

Según Balthasar<sup>46</sup>, ese «dejarlo todo» del evangelio se identifica con la fe, como un entregarse a Dios. La fe, según Marcos (cf. Mc 5,28.34; 6,5; 10,52), es el «médium» de la entrega en el cual la persona puede darse a Dios. Desprenderse de todo y creer exige un acto de valentía espiritual. La fe de Jesús es el modelo de la fe de sus seguidores. Cristo hace partícipe al hombre de su fe en el Padre, de su fe en Dios.

Independientemente de la forma en que los diferentes autores llaman a este paso, conversión o inicio de la fe, seguir la llamada de Jesús «significa reconocer su misión profética y, así, creer en Dios, tener fe en la venida del reino y realizar la “metanoia” exigida, siguiendo la invitación de Jesús»<sup>47</sup>. De acuerdo con las palabras de Schillebeeckx, el seguimiento en el Nuevo Testamento tiene que ver con la experiencia anterior y posterior al acontecimiento Pascual de Jesús, pues, en los discípulos antes de la Pascua existía una fe en formación y después de la Pascua se muestra como fe cristiana: «esta fe en Jesús como anunciador del mensaje del reino de Dios –compartida por todos los que le habían seguido al servicio del

---

<sup>43</sup> Cf. *Ibid.*, 200.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 202.

<sup>45</sup> Cf. *Ibid.*, 205.

<sup>46</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, “Seguimiento y ministerio”, 119-121.

<sup>47</sup> Edward Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 206.

reino— establece la continuidad entre la experiencia prepascual de la salvación y la conversión pospascual a Jesús, el crucificado resucitado»<sup>48</sup>.

A partir de lo anteriormente dicho y de acuerdo con el análisis de J. Dunn<sup>49</sup>, el seguimiento al que Jesús llamó a sus oyentes en la Palestina del siglo I tiene unos perfiles muy claros:

- *Origen y fundamento en Dios.* El motivo principal del seguimiento al que llama Jesús es Dios en su reinado. Esa llamada apremiante invita a orientar la vida y a buscar primero el reino de Dios, pues el seguimiento de Jesús volvía del revés las convenciones sociales y religiosas de la época. Se trata de «un reconocer que el reinado de Dios es una realidad que apremia a quienes escuchan el mensaje de Jesús, instándolos a tomar una urgente decisión»<sup>50</sup>.
- *Un seguimiento para los pobres, porque de ellos es el Reino.* Cuando Jesús utiliza la palabra «pobre» manifiesta «no solo una actitud, sino también un hecho»<sup>51</sup>. Según el análisis de Dunn, la actitud se refiere a la disposición de aquellos que reconocen la necesidad de una fuente de fuerza y de bondad que trascienda lo estrictamente humano, es decir, la necesidad de Dios, de la manera como Dios ejerce su reinado en el hombre. El hecho que Jesús tenía en mente es que a los pobres se les facilita más que a los ricos reconocer su pobreza espiritual. Por tanto, cuando Jesús formula de manera radical la primera de las «bienaventuranzas» (Mt 5,3), expresa que solo aquellos que experimentan la confianza en Dios pueden poseer el Reino, pues el poder de la pobreza consiste en liberar al hombre de toda «confianza ilusoria» en la riqueza y en la prosperidad material para que deposite su confianza solo en Dios<sup>52</sup>. El poder de la pobreza radica en que evita el confiar en las propias fuerzas y en los valores de este mundo, para poner toda la confianza de forma exclusiva en Dios «como medida y fuente de valor». Así que el valor de las personas no se mide por las cosas materiales que poseen, ni la fuerza del espíritu depende del alimento del cuerpo, sino de la confianza en Dios.
- *Un seguimiento para todos, sobre todo para pecadores.* Según el análisis de varios Salmos<sup>53</sup>, el «pecador» es una persona malvada, un «operario del mal», un transgresor de la ley. Para el judío, la ley se constituye en el centro del concepto de «pecador» y

---

<sup>48</sup> *Ibíd.*, 208.

<sup>49</sup> Cf. James D. G. Dunn, *La llamada de Jesús al seguimiento*, 180-190. En este libro su autor analiza las características de la llamada de Jesús a seguirle a partir de los textos evangélicos con el fin de ayudar a la comprensión de lo que implica el seguimiento para caminantes de hoy.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 57.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, 91.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, 91-92.

<sup>53</sup> Salmos 1,1-2; 28,3; 55,4; 104,35; 119,155; *ibíd.*, 105-108.

«pecado», no solo en términos de moral personal, sino también en lo que caracteriza el modo de vivir del pueblo de Dios. La ley y la alianza son entregadas al pueblo por parte de Dios; por tanto, quien guarda la ley se hace parte del pueblo de la alianza: «la ley no era un medio para entrar en la alianza, sino la manera de vivir dentro de la alianza»<sup>54</sup>. El no cumplimiento de ella tiene sus repercusiones en la manera de vivir como pueblo. De ahí que «pecar» significa quebrantar la ley y «pecador» es aquel que se encuentra fuera de la ley, fuera del pueblo de Dios. Por tanto, todo aquel que no hace parte del pueblo es considerado un pagano, uno «fuera de la ley» (cf. Rm 2,12-14, Ef 2,12). Es por los pecadores por quienes ha venido Jesús: «No vine a llamar a justos, sino a pecadores» (Mc 2,17). Entonces la llamada que hace Jesús al seguimiento busca romper con las barreras que excluyen y separan de los demás. De ahí que los discípulos de Jesús deben tener como rasgo principal el amor difusivo, la aceptación y el servicio propio de Jesús.

- *Un seguimiento abierto y que reafirma el legado de Jesús.* Los seguidores de Jesús conforman una familia abierta a todos aquellos que quieren cumplir la voluntad de Dios, que evangelizan y viven el sufrimiento de Jesús. Jesús es el modelo a seguir, dejando a un lado estructuras y organizaciones. Lo que quiere Jesús es que amemos y sirvamos a los otros con la capacidad de romper los límites sociales, políticos y religiosos, y que se establezcan nuevas formas de relaciones humanas. El amor es perdón y servicio, perdón que brota de la sensación de experimentarse amado y aceptado por Dios. El servicio nace de experimentar la gratuidad del amor de Dios, pues se ha recibido más de lo obtenido por nuestros propios esfuerzos. De esta manera es el seguimiento al que Jesús llama: amar en el servicio y el perdón. Jesús invita a los pecadores a que le sigan, a que vivan en la gratitud de todo lo que Dios les ha regalado, y a que acojan a los otros que son considerados unos marginados del amor de Dios. En fin, se trata de un seguimiento de Cristo más preocupado por servir que por ser servido.

¿Qué significa lo anterior para nosotros hoy? Jesús ya no se encuentra históricamente entre nosotros para llamarnos y decirnos: «sígueme». El mensaje de los primeros seguidores de Jesús sobre su vida, muerte y resurrección, como un acontecimiento pospascual tiene importancia a partir de la doctrina de la Encarnación. Hoy, después de dos mil años, Jesús sigue siendo el centro de atracción, el centro en el seguimiento pospascual. Para Dunn, la respuesta a la llamada del propio Jesús «sígueme» corresponde al «bautismo» en su nombre (cf. 1 Co 1,12-15). Quienes son bautizados como los primeros creyentes están respondiendo a la llamada de Jesús al seguimiento hoy.

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, 108.

Teniendo en cuenta los perfiles del seguimiento a Jesús, vamos a analizar la manera como la Virgen María fue la fiel seguidora de Cristo Jesús su Hijo.

## **LAS BIENAVENTURANZAS**

En el ser humano permanentemente hay una búsqueda de la felicidad que se expresa como vida, paz, alegría, gozo, bendición, salvación. Históricamente ha existido una manera de formular dicha felicidad por medio de sentencias que contienen una promesa que tiene que ver con la prosperidad terrena y luego (cf. Dan 12,12; Tob 13, 15-16), como en la literatura apocalíptica, con la salvación escatológica, escritas principalmente en tercera persona, pero también se formula en segunda persona.

Pareciera que a nivel de los estudiosos de los evangelios y del público en general, el Sermón de la montaña en san Mateo hubiera opacado el Sermón de la llanura en san Lucas (Lc 6,20-49). Sin embargo, el evangelio mariano por excelencia, el de Lucas, tiene en su originalidad que ser escuchado hoy. Esta enseñanza lucana está dirigida al pueblo entero, a todos los simpatizantes de Jesús salidos del judaísmo y del paganismo, todos han venido «para oírle» (Lc 6,18). Las bienaventuranzas y maldiciones o «ay» forman la primera parte (6,20-26) de esta enseñanza, la segunda parte (6,27-38) hace referencia al amor a los enemigos y la tercera parte (6,39-49) son unos discursos parabólicos donde se presentan dos caminos de la vida para escoger.

Según Bovon<sup>55</sup>, las bienaventuranzas lucanas serían una promesa escatológica a los discípulos (indicativo), mientras que los apóstoles se verán interpelados en la tercera parte por el uso de imperativos (6,39-49). Contrario a Mateo, que sigue un discurso anti-fariseo, Lucas sitúa su enseñanza en su propio mundo. Los materiales comunes al sermón mateo y al sermón lucano registran el mismo orden, aquí no pretendemos adentrarnos en un estudio exhaustivo sobre las fuentes en común de los dos sermones, respetamos la libertad y la coherencia interna de cada uno de ellos. Para nuestro objetivo, nos interesa redescubrir la propuesta de Jesús y cómo su Madre se apropia de ella para afianzar su sí al proyecto divino.

En el sermón de la llanura, las tres primeras sentencias se encuentran contenidas en las cuatro primeras que formula Mateo. Lucas ignora una que Mateo contiene en 5,5: «los apacibles», y en Mateo hay una inversión: los «afligidos» están ubicados antes de los «hambrientos».

---

<sup>55</sup> François Bovon, *El evangelio según san Lucas, Lc 1-9. Vol I* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1995), 413.

Las bienaventuranzas lucanas están todas redactadas en segunda persona, mientras que las de Mateo están en tercera persona hasta el versículo 10, manteniendo el estilo tradicional del género «bienaventuranza», las siguientes están formuladas en segunda persona.

En el sermón de la montaña, Jesús da a conocer qué es el reino, cómo se entiende, cómo se realiza. También, presenta cuáles son las actitudes del discípulo para recibir y construir el reino: pobreza de corazón, compasión, fidelidad en la persecución, trabajo por la paz y la justicia, entre otras. En resumen, el sermón de la montaña representa la actividad exhortativa de Jesús que nos ofrece el anuncio del reino, que se realiza ya en Jesús, pero, al mismo tiempo, actuada en su seguimiento a través de la fidelidad. Se trata de la buena nueva, de la liberación anunciada por Jesús a todos los seres humanos pero desde los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los que luchan por la paz.

Por lo anterior, el seguimiento de Jesús al estilo de las bienaventuranzas, nos lleva a ser coherentes, a ser seguidores de Jesús según el espíritu de las bienaventuranzas, es decir, según la pobreza, la justicia y la paz. Estos son los rasgos característicos del seguimiento a Jesús por parte de María, su Madre.

## **MARIA, MUJER POBRE, RICA EN EL REINO DE DIOS**

En el sermón de la llanura de Lucas, la palabra «pobre» deja a un lado la tradición judeocristiana del doble sentido de «pobre» material y espiritualmente hablando, para darle el sentido primario: los discípulos son pobres o se han hecho pobres, de ahí brota la importancia de compartir los bienes en las primeras comunidades cristianas según los Hechos de los Apóstoles. Los pobres son los herederos directos del reino de Dios, pero, a su vez, el símbolo de los que desean hacerse o parecerse a ellos. Se trata de la manera como Dios rehabilita la realidad social de los pobres, de forma que la pobreza no es el fundamento de su felicidad ni como estado ni como virtud, sino sólo Dios que va a restablecer su alianza de justicia<sup>56</sup>. En palabras de Jesús, «dichosos los pobres» es a la vez constatación y convicción para los pobres que Dios los salva en los tiempos escatológicos. De ahí que María proclama en Lc 1,48 que su felicidad radica en la mirada que Dios ha puesto sobre ella, de la misma manera, Dios ha mirado a los pobres y les promete la felicidad, la esperanza confiada de que algún día serán bienaventurados.

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*, 413.

Jesús nace pobre entre los pobres (Lc 2,7-19); María y José, sus padres, presentan en el templo la ofrenda de los pobres (Lc 2,24); careció de medios para recibir enseñanza en las escuelas de los rabinos, pues no tuvo maestro (Jn 7,15); sus compatriotas lo conocen como un obrero, trabajador (Mt 13,55-57). Jesús concibe la pobreza como una actitud de libertad y de relativización ante el dinero, ante las cosas y los bienes materiales, generando una actitud de apertura, de sencillez, de fraternidad ante los demás. Ser pobre según el evangelio no consiste en no tener cosas, sino que se trata de un estilo de vivir y de relacionarse. Ser pobre evangélicamente hablando es decidirse a tener a Dios como lo primero en la vida, como la mayor posesión y al reino (paz, justicia, solidaridad, fraternidad, etc...) como pasión y como tarea. Para María, la mujer pobre que se hizo rica al decir «sí», Dios es su gran riqueza, siendo pobre se hizo rica porque «Dios puso sus ojos en la humildad de su esclava» (Lc 1,48).

## **MARÍA, LA SACIADA DE DIOS**

Mateo y Lucas presentan otra bienaventuranza en común: «dichosos los hambrientos», como la otra cara de la bienaventuranza de la pobreza evangélica. Según Bovon<sup>57</sup>, estar saciado puede tener una doble significación, por un lado, la abundancia como don de Dios que provee todo; por otro lado, la satisfacción culpable de las ambiciones humanas que nos lleva a vivir de nostalgias por el pasado, p.e. el pueblo de Israel que añora las cebollas de Egipto. La felicidad no tiene su fundamento ni en el hambre como necesidad, ni mucho menos en la virtud de un hambre espiritual, sino en la intervención de Dios que obra de manera inmediata, cercana, ahora y en el último día. Esta bienaventuranza, vista como la intervención inminente de Dios, nos lleva a descubrir que las bienaventuranzas lucanas comunican el mismo mensaje del Magnificat que pronuncia María:

- La miseria presente tiene esperanza
- Dios quiere establecer su alianza de justicia
- Quienes aceptan el anuncio de salvación de Dios lo hacen según la fe que exige no desesperar ni querer asegurar por sí mismos su propio porvenir
- Se promete, no una compensación material, sino una nueva relación con Dios y con el pueblo.

Según san Mateo, La justicia y la pobreza son dos realidades unificadas en la vida de Jesús y su propuesta. Ya dijimos que la pobreza nos remite más a un estilo de vida, a una actitud frente a las relaciones, la justicia nos remite a un compromiso, a un poner por obra. La bienaventuranza de la pobreza le da una dimensión evangélica a nuestra experiencia de fe; la

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*, 428-429.

bienaventuranza de la lucha por la justicia, como la presenta Mateo, le da una dimensión política a nuestra fe. Sin estas dos exigencias, las de la pobreza evangélica (actitud ante el dinero y los bienes materiales), y la de la justicia (compromiso por un mundo más participativo e igualitario), no puede entenderse ni realizarse la bienaventuranza de los que trabajan por la paz. De ahí que María, la reina de la paz, siga intercediendo para que en cada corazón humano se viva la paz como fruto de la resurrección de su Hijo.

## **MARÍA, MUJER SONRIENTE EN DIOS**

Los llantos y las risas se escuchan, las lágrimas se ven, se manifiestan en unos gestos muy humanos que hacen que Dios se manifieste también ante nuestros sufrimientos y alegrías. Es el Dios consolador de Israel. El mismo Jesús lloró ante la muerte de su amigo Lázaro (cf. Jn 11,35). María experimentó el gran dolor ante la muerte de su Hijo en la cruz, supo muy bien de lágrimas, llantos y sufrimientos. Sin embargo, en ella se mantuvo viva la esperanza, la certeza de la felicidad eterna. El gozo y la alegría de la salvación que Dios ha obrado en ella, es el mismo gozo que Jesús proclama para aquellos que «lloran ahora, pues reirán», como la gran acción escatológica de Dios para su pueblo, no se trata de una iniciativa humana, sino de la gran obra de intervención de Dios.

María es la mujer sonriente gracias al gozo de la salvación divina en su vida y sigue anunciando esa salvación a nuestros pueblos, con su sonrisa de madre amorosa que trae la alegría de la salvación a sus hijos. Como la nubecilla que cargada de agua trajo la salvación al pueblo ante la gran sequía anunciada por el profeta Elías, ella sigue trayéndonos hoy la alegría de la salvación de Dios a cada ser humano en medio de sus llantos y dolores.

## **MARÍA, SOLIDARIA CON TODOS LOS PERSEGUIDOS**

Esta bienaventuranza sobre los perseguidos recoge la tradición del profeta perseguido en el A.T., pero ahora la causa de la persecución es Jesús: «por mi causa». La felicidad depende del momento en que comienza la persecución. El desprecio no se debe a una actitud hostil de los cristianos, sino a la íntima relación con el Hijo del hombre que lleva a sus seguidores a compartir la misma suerte de su Señor y a vivir la condena por causa de Él.

María experimentó, junto a José y a su Hijo recién nacido, el exilio, la persecución, el rechazo, huyendo a Egipto (Mt 2,13-15). Nos dice el libro del Apocalipsis que la mujer huyó al desierto (Ap 12,6), la mujer prefigurada allí, la Iglesia, la Virgen María, sigue huyendo hoy al desierto ante las grandes persecuciones del mal, esperando confiadamente la voz desde el cielo «ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo» (Ap 12,10). La Iglesia, los seguidores de Cristo, unidos a María esperamos confiados la plenitud de nuestra liberación, pues el Hijo del hombre que es causa de persecución (Lc 6,22) es también el heraldo de Dios (Lc 6,20) y su voz sigue dando aliento por medio de cada uno de nosotros, sus seguidores, a tantos hombres y mujeres, que la felicidad escatológica es posible vivirla desde ya en la medida que mantenemos viva la relación profunda con Jesús, causa de nuestra alegría.

## MARÍA, MADRE DE JESÚS Y SANTA TERESA DE JESÚS

Teresa descubre a muy temprana edad la figura de María, la Madre de Jesús, de la mano de su progenitora, Beatriz de Ahumada<sup>58</sup>. En la casa paterna aprende las devociones a la Virgen y, ante la muerte de su madre, decide que ocupe su lugar: «Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas»<sup>59</sup>. Paulatinamente fue aprendiendo la doctrina mariana a partir de la devoción que había sembrado su madre y después en su experiencia como monja del Carmelo.

No queda duda de que Teresa suplió la orfandad materna con la Virgen María y así aprendió a muy temprana edad el sentido de la «filiación adoptiva» espiritual<sup>60</sup>, que después será fundamental en el proceso del seguimiento, al experimentarse hija adoptiva de Dios Padre por los méritos de Cristo y la fuerza del Espíritu que concede la piedad filial con el Padre<sup>61</sup>. En su vida de monja carmelita, la Virgen María se convierte en «Madre y Señora y Patrona», aconsejando a sus monjas imitar sus virtudes y meditar en su grandeza<sup>62</sup>. La llama con diversos títulos según la experiencia espiritual que esté viviendo: Señora, Virgen, Madre,

---

<sup>58</sup> Cf. V 1,1.

<sup>59</sup> V 1,7.

<sup>60</sup> Cf. Daniel de Pablo Maroto, *Lecturas y maestros de santa Teresa* (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2004), 50-51; S. Álvarez, “Glosas teresianas. El primer texto mariano de Santa Teresa: «Vida», c. 1”, *Monte Carmelo* 97, nº 1 (1989): 159-168; Ángel Boyero Castañeda, “La Virgen María en la espiritualidad de Santa Teresa de Jesús” (Tesis para Licenciatura en Teología, Pontificia Facultas Theologica Institutum Spiritualitatis Teresianum Romae, 1977), 26-33.

<sup>61</sup> Cf. Rm 8,14-17.

<sup>62</sup> F 14,5; 29,23.31; 3M 1,3.

Patrona, Reina de los Ángeles, Reina del cielo, Intercesora, Emperadora, Priora<sup>63</sup>, entre otros. La presencia mariana se hace patente en toda la vida de Teresa, desde su infancia hasta su muerte, en lo cotidiano y en las profundas vivencias espirituales.

La experiencia teresiana de María va acompañada de la vivencia de Cristo y de la Trinidad<sup>64</sup>. Podemos hablar de cierto paralelismo entre la experiencia teresiana de Cristo y la de María; ella contempla la vida de María siempre unida a la de Cristo, su Hijo, por el amor a Dios y los hermanos, la entrega a Dios Padre y el servicio a los demás<sup>65</sup>. Así como la experiencia teresiana de Dios transforma su vida en un servicio a Cristo por el Reino, también sus nuevas fundaciones dan gloria a la Virgen, Madre del Carmelo<sup>66</sup>, pues toda su nueva fundación está consagrada a su Patrona, como verdaderas hijas de María, verdaderas carmelitas<sup>67</sup>.

María es su intercesora, especialmente en los momentos de prueba y sufrimiento<sup>68</sup>. Es su gran maestra en la oración de recogimiento y en el ejercicio de las virtudes, en especial en la humildad, la fe y la sabiduría<sup>69</sup>. De acuerdo con M. Martín del Blanco<sup>70</sup>, María es modelo para Teresa y sus monjas en el seguimiento de Cristo, especialmente en la fortaleza en la cruz<sup>71</sup>. Según la experiencia teresiana, la Virgen es la persona que amó más a Cristo y

---

<sup>63</sup> A continuación listamos el número de veces que Teresa emplea estos títulos marianos en toda su obra: Señora (21), Virgen (68), Madre (42), Patrona (10), Reina de los Ángeles (3), Reina del cielo (1), Intercesora (2), Emperadora (1), Priora (1). Cf. Juan Luis Astigarraga y Agustí Borrell, “Tabla estadística”, en *Concordancias de los escritos de santa Teresa de Jesús*, 2:2953-3031; Mauricio Martín del Blanco, “María Santísima”, en *Diccionario de Santa Teresa*, 422; *Ibid.*, “La Virgen María en la vida, experiencia y doctrina de Santa Teresa de Jesús”, *Monte Carmelo* 106, n° 3 (1998): 389-406.

<sup>64</sup> MC 5,2. Escucha al Padre que le dice: «Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen; ¿qué me puedes tú dar a mí?» (CC 22,3).

<sup>65</sup> Cf. Mauricio Martín del Blanco, “María Santísima”, en *Diccionario de Santa Teresa*, 424-425.

<sup>66</sup> Cf. F 29,23; V 36,24.

<sup>67</sup> «Y díjome (el Señor) que tuviese por cierto que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que Él las ampararía así, y que no hubiesen miedo de tentaciones a la hora de la muerte. [...] Así espero en la bondad de Dios que nos ha de hacer en esto merced, y por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mías, esforcémonos a ser verdaderas carmelitas, [...]. Plega a nuestro Señor, hermanas, que nosotras hagamos la vida como verdaderas hijas de la Virgen y guardemos nuestra profesión, para que nuestro Señor nos haga la merced que nos ha prometido. Amén» (F 16,4.5.7); cf. V 36,24; CC 11.

<sup>68</sup> 1M 2,12; F 10,5; 16,5.

<sup>69</sup> Cf. CE 19,3; MC 6,7.

<sup>70</sup> Cf. Mauricio Martín del Blanco, “María Santísima”, en *Diccionario de Santa Teresa*, 425; *Ibid.*, “Santa Teresa de Jesús es hija de la Virgen María en vida, experiencia mística y doctrina”, *Monte Carmelo* 115, n° 3 (2007): 215-229.

<sup>71</sup> Cf. CV 26,8; 7M 4,5; MC 3,11. Teresa escucha en su interior que Jesús le habla sobre sus padecimientos y asocia su dolor con el sufrimiento de su Madre: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar. [...] y ves mi vida toda llena de padecer y solo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses, cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dio mi Padre clara luz para que viese lo que Yo había de padecer» (CC 26,1).

permaneció firme en la fe ante la muerte de su Hijo<sup>72</sup>. En María, Teresa descubre la dignidad de su ser de mujer y de cristiana, el modelo de oración contemplativa, de virtudes y de entrega a Dios<sup>73</sup>. Se acoge tanto a la misericordia divina, como a la bondad de María<sup>74</sup>, e incluso la llega a considerar como su «Priora»<sup>75</sup>.

Al igual que el evangelista san Marcos, Teresa ve a María, la Madre de Jesús, como aquella mujer testigo del Resucitado<sup>76</sup>, que recibe la tarea especial en la Iglesia de ayudar en la conformación de la nueva familia de Jesús: madre, hermanos y hermanas, que cumplen la voluntad de Dios<sup>77</sup>. María es, no solo su madre adoptiva, sino también su hermana<sup>78</sup>, es la mujer que, unida a las otras mujeres, sigue siendo testigo fiel del mensaje Pascual, y perseverando en la oración sigue abriendo caminos para llegar a Galilea, en sentido metafórico, para ver al Resucitado (cf. Mc 16,7)<sup>79</sup>. Misión que Teresa continúa con su vida y obra, pues del mismo Señor ella entendió que su servicio como mujer fundadora era voluntad divina: «Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad»<sup>80</sup>, y que en esa tarea María estaría acompañándola, protegiéndola y guiándola. Sus fundaciones se convierten en un servicio a la Iglesia y a la Virgen dando honor a su «Madre y Señora y Patrona».

---

<sup>72</sup> Cf. V 22,1; 6M 7,14.

<sup>73</sup> Cf. CV 13,3; 5M 1,2; 6M 7,14.

<sup>74</sup> Cf. F 28,35.

<sup>75</sup> Cf. Cta 37,9 dirigida a María de Mendoza, 7 de marzo de 1572. Hace referencia a la Virgen como «Priora» por la imagen de Nuestra Señora de la Clemencia que Teresa puso en la silla prioral cuando volvió al monasterio de La Encarnación como superiora. Estando en el coro del monasterio, escucha que la Virgen le dice: «Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré» (CC 22,2, escrita en Ávila, el 19 de enero de 1572).

<sup>76</sup> En una de sus experiencias místicas, Teresa escucha que el Resucitado se muestra primero a su Madre para consolarla: «Díjome que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo (por aquí entendí esotro mi traspasamiento, bien diferente; mas ¡cuál debía ser el de la Virgen!); y que había estado mucho con ella; porque había sido menester hasta consolarla» (CC 13,12).

<sup>77</sup> Cf. Mc 3,35. Teresa experimenta que también ella puede ser como la Madre de Jesús, específicamente en el momento del descendimiento de la cruz, por la unión con Dios en lo más íntimo de su ser: «El mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que casi parecía imaginaria, se me puso en los brazos a manera de como se pinta la “Quinta angustia”. Hízome temor harto esta visión, porque era muy patente y tan junta a mí, que me hizo pensar si era ilusión. Díjome: “No te espantes de esto, que con mayor unión, sin comparación, está mi Padre con tu ánima”» (CC 44,4-5).

<sup>78</sup> Cf. Cta 274, 3, a las Carmelitas Descalzas de Sevilla, 31 de enero de 1579.

<sup>79</sup> Cf. Luis Ángel Montes Peral “El comportamiento de las mujeres discípulas en la Pasión de Marcos”, *Estudios Eclesiásticos* 88, nº 344 (2013): 3-44; *Ibid.*, *Tras las huellas de Jesús. Seguimiento y discipulado en Jesús, los Evangelios y el Evangelio de dichos Q* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2006), 216, 301; Mercedes Navarro Puerto, “¿Discípulas en Marcos? Problematicación de un concepto”, en *La Biblia y las mujeres. Los Evangelios. Narraciones e historia*, 155-180.

<sup>80</sup> CC 16.

Concluimos que la figura de María tiene un rol preponderante en la experiencia espiritual de Teresa, no solo como Madre, sino también en el despertar de su sentido filial con Dios. María es maestra en el seguimiento de Cristo en su condición de primera discípula y testigo fiel de la resurrección de su Hijo, como cumplidora de la voluntad divina que la lleva a formar la nueva familia de los hijos del Padre en el Hijo, pues «el discipulado constituye la clave para interpretar toda la mariología»<sup>81</sup>, en especial en el evangelio de Lucas. María es su maestra en la vida teologal, en la entrega incondicional a Dios y en el servicio a Cristo a favor de los hermanos. Teresa experimenta la protección de la Virgen no solo para ella, sino para toda su Orden religiosa<sup>82</sup>. Además, la figura de María le sirve a Teresa como motivación para perseverar en el seguimiento de Cristo y ser conducida, como ella, a la mayor exaltación del ser humano por el amor de la Trinidad, pues María «es la auténtica esposa del *Cantar*»<sup>83</sup>.

## CONCLUSIÓN

En el sermón de la llanura, Jesús se dirige a todo su público en general, no es exclusivo para sus apóstoles, también se sigue dirigiendo a nosotros hoy. Ser «dichosos» (μακάριοι) remite a la alegría, pero una alegría que es inmerecida, inesperada, pues es Dios mismo quien la produce y nos autoriza a expresar dicha alegría desde ya anticipando la felicidad escatológica. La escasez de bienes materiales nos debe llevar a ver y buscar más allá, el reino de Dios, a descubrir el bien principal: Dios. María nos enseña a mantener la mirada fija solo en Él, a estar atentos a su palabra para hacer lo que Él nos diga, a confiar plenamente en su respaldo, pues Dios ha puesto su mirada en el ser humano y sigue mirándonos hoy, Él no puede dejar de mirarnos.

El seguimiento de María a su Hijo Jesús en sus dos etapas: prepascual y pascual nos sigue iluminando hoy, nos enseña que la vida de fe propia del seguir a Cristo debe estar íntimamente ligada al conocimiento del Jesús histórico a través del Evangelio y de la vida de oración, donde Dios sigue enseñándonos hoy y fortaleciendo nuestra vida de fe.

---

<sup>81</sup> Raymond E. Brown, *Biblical Reflections on Crises Facing the Church* (New York: Paulist Press International, 1975), 84-108 citado por Luis Ángel Montes Peral, *Tras las huellas de Jesús*, 301; cf. Mercedes Navarro, “María”, en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, 761-777; Juan Manuel Martín-Moreno, *Personajes del Cuarto Evangelio* (Madrid: Desclée De Brouwer – Universidad Pontificia Comillas, 2001), 77-98.

<sup>82</sup> Cf. V 36,24; 38,13.

<sup>83</sup> Secundino Castro, *Ser cristiano según Santa Teresa*, 2ª ed. (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1985), 260. Cf. Pedro María Valpuesta, “La Virgen María en Santa Teresa de Jesús”, *Monte Carmelo* 89, nº 2 (1981): 183-208.